

FLORES Y ESPINAS

Salvador Pliego

The image shows the cover of a book. It features a central illustration of a yellow rose with green leaves, set against a dark purple background. The rose is depicted with soft, painterly textures. The title 'flores y espinas' is written in white, lowercase letters in the upper left quadrant. Below the title, the text '¡Bonita! te imagino como eres...' is written in a smaller white font. At the bottom right, the author's name 'SALVADOR PLIEGO' is printed in white, uppercase letters.

flores y
espinas

¡Bonita!
te imagino como eres...

SALVADOR PLIEGO

A Blanca

Xasni
Ximena
Isis
Itzel

LAS FLORES

Despertares

I

¡Bonita!

Mi alma tórrida y aguerrida te busca
entre los páramos para saciarse.

En silencio te imagino como eres:
El verano del follaje y las azaleas,
picoteando uvas dulces y pistilos.
Llenas pájaros y zurces alas en las nubes.

Emigra mi alma a cualquier rincón para buscarte.

El trino de la lejanía suave y delicado
se esparce, sacude y hace eco.

¡Bonita!, te imagino como eres.

Mi alma se complace y vuela incógnita para saciarse.
Arte y vuelo se conjugan
y te escapas entre plumas, alas y enramadas:
lúcida y coqueta, indómita y endeble,
taciturna y sonrojada.
Te imagino atrapada en la espesura.

Trasluces los colores y los mezclas,
aromática y seductora, trigueña flor en vilo.

Mi alma excitada te dibuja como eres.

II

Sonrojada y aún tienes el color de primavera.

Coqueta y provocadora o pizpireta.

En ti la primavera se vuelca, nace, se dormita,
hace cabriolas, se destella.

Sestean los canarios apaciguando la maleza.

¡Ah exquisitez de follaje entretejido!

El verde se exhibe por las hojas
y aún sonrojada sobresales por sus yemas.

Primaveras ígneas y candentes caen dormitadas en mis
manos.

¡Ah exquisitez de flora incitada!

Expresiva vas de rama en rama;

Alegre desnudando o ataviando la corteza;

Risueña al sí de la simiente;

Jovial del canto, hojas y de bulbos;

Perseguida y acorralada por los tallos;

Descolgando lianas de las frutas;

Saboreando delicias y el aroma.

¡Ah exquisitez avivada e incitada!

Sólo tú, sonrojada y coqueta,

sin más ropaje que aquel que insinúa tu mejilla,
despiertas mi ilusión y la fecundas.

¡Ah exquisitez de fruto avivada!

Naturaleza pródiga, excedida y embriagante.
Llevas anexa su sustancia enriquecida.

¡Ah exquisitez sonrojada e incitada!

III

Tu silueta se estrella en mis manos.

Águila real en libre caída;
Aventurero aferrado y disperso;
Tu cuerpo delimita y sacia la noche como espejo dormido.

¡Ah, las caricias que nunca terminan!
Tu cuerpo se estrella en mis manos.
¡Ah, cada miembro como pesebre en el lecho!
Tu cuerpo se estrella en mis manos.

Desesperado de ti busco tu forma en mi tacto.
Abro las zonas que nunca nadie exploró.
Corredor de planicies y montes
me exilio en tus muslos y pechos,
me prendo a tu espalda como lancero a su onda.

Cuerpo de mujer, mujer exquisita,
toda tú como rocío que baña,
cada gota se escurre y refresca.
Cuerpo de mujer bañada en mi boca.

Todo tu cuerpo se estrella en mis manos.

IV

Coloreada muñequita aterciopelada y fucsia,
te miras apenada y retraída
y el contorno en tu mejilla
me despierta sensaciones contenidas.

Tu rubor de flora;
Tu exquisita mirada introvertida
se cuela coqueteando
y se expresa firme y sugestiva.

¿Será que apasiona
el transcurrir del viento
y se hechizan los gorriones
en su retozar y gusto?

¡Ah tu sonrojar en tinte!
Otoño sutil en el deshojar aciago y triste,
me arrebató el deseo puro y contenido
y circunscribe el madrigal a tu estival decoro.

Coloreada muñequita en jazmín y fucsia:
preciosa, fugaz e introvertida.
Despiertas mi pasión colosal y desmedida.

V

Déjame sembrar, amada mía,
la sílaba que brota de tu cuerpo:
transparencia de carne hilarante;
diamantina en tus muñecas;
la piedra preciosa en tu pecho;
coctel vacío de frutas en mi boca;
bóveda esculpida en zafiro;

uva cortada en mi viñedo;
racimo jamás abierto a la cosecha;
flor no tocada por el polen;
polen esparcido en tus rodillas;
rostro de cristal jamás pulido;
aves trinando cuando callan;
césped durmiendo mientras duermes;
avenidas de pasión en tus caminos;
luz subliminal entre los párpados;
cascadas de agua en tus cabellos;
rocío frenético que no evapora;
tonos de colores en tus cejas;
andamios de deseo entre tus pechos;
recital del eco entre tus labios;
dulzura del sonido por tu cuello;
arrebato incalculable del aroma;
aroma exquisito de mañana;
suavidad de muslos esperando;
paraíso en tu vientre encendido;
dibujo de silueta en tu silueta;
mármol forjándose en tu espalda;
tersura frotada de franela;
acopio de ternura acostada;
sueño de volcán enmudecido;
cadera que el insomnio regatea;
vida que brota como vida;
de tus piernas la vida acurrucada;
muestra de fragancia entre mis manos;
belleza de mujer en tu belleza;
hermosura de tu cuerpo, toda mía.

VI

Y la noche cayó como tu cuerpo al mío.
Saberte mía como al vuelo las plumas,
como la hoja a la rama.

Ebrio pescador de océanos;
Alpinista en la cumbre inalcanzable;
Carpintero en la fina madera;
Me prendo de ti y sacio la larga noche de fruto,
y todo se vuelve claro, transparente, inmune.
Todo de ti es fresco como la uva.
Todo de ti es inmenso y pequeño.

Ah saciedad del viento sobre las ramas.
Penetro tu cuerpo al más puro contacto,
y al roce, el roce como el latido,
vuela mi mente sin freno y sin tiempo,
se esparce infinita donde el espacio no ha ido.
Y al roce, el roce como el latido,
se prenden y apagan farolas celestes,
se vuelcan los elementos creando los nuevos,
se agitan y calman los mares sedientos.

Y la noche cayó como tu cuerpo al mío.
Ah larga noche de cuerpos y nudos;
Del contacto y la transparencia y la fuerza.
Y tus ojos, tus ojos como los besos,
en la misma silueta que amaba:
profundos y negros, alegres y tiernos,
acogidos en la frontera misma del tiempo,
permanentes como el deseo y el ansia,
dulces como el almíbar en fruto.

Y los besos, y los besos como la sangre latiendo.
Latirte como el cuerpo que es mío.

Y la noche cayó como tu cuerpo al mío.
Y los besos, tus besos, latieron mi pecho.

VII

Ebrio de luz y de noches mi boca se prende a tu boca.
Como niño al juguete nuevo me dejo llenar de alegría.
La gaita se asoma a mi alma.
Trinan las arpas sin cuerdas.
Del sonido en mi pecho la flauta desborda su nota.
Irrumpe el acorde y la melodía.
Resuenan tambores, violines, timbales,
clarines de oro, tubas de nieve,
saxofones en crestas;
Flautas transversales y mareas gigantes;
Sales acústicas, blancas como cornetas sedientas;
Trompetas revueltas de fiesta;
Pianos de cola infinitos;
Bajos que vibran y sienten;
Orquestas de chelos y niños;
Platillos agudos y graves;
Madera como guitarras de viento;
Pletóricos acordeones en aire;
Dedos saboreando teclados;
Ecos musitando canciones gloriosas.
Percusiones, delicias, odas sonoras.
Las sinfonías se levantan y flotan.
Y ebrio de ti la música danza.
¡La música danza! ¡La música danza!
¡Ebrio de ti, la música danza!

VIII

Llevas la alegría inmersa que me excita.
Sólo tú te fundes como manantial
y crispas hierro y sangre al contacto.

Llevas la alegría inmersa
que engendra desde el fondo el arrebato incontrolable.

Todo hierve y se prende sobre llamas.
Todo escapa al control cotidiano de los hechos.

Nutres poro y piel, olor y vista.
Rescatas del abismo la mínima impureza.
Mezclas el instante y lo infinito.
Abasteces la vida anudando torso y muslo,
fundiendo el cuerpo en la quimera.

Llevas la alegría inmersa que me excita y extasía.
Me conviertes en fuerza y elemento;
Guerrero enfrentándose al guerrero;
Dios de Olimpo en su túnica de campo;
Arena escurridiza entre los mares;
El viajero audaz en su tropel.

Eres todo lo que el cuerpo me reclama.

Tú fundes mi cuerpo en la quimera.

Llevas la alegría inmersa que me excita y extasía.

IX

Eres todo lo que el cuerpo me reclama:
El pan vivo que se come y nutre;
Sábana de muslo, pierna y pecho;
Sentimiento nacido y permanente.

Eres todo lo que el cuerpo me reclama:
Militancia de vida en tu vida;
El deseo incontrolado, ávido e insaciable;
Avaricia de presencia y existencia.

Vuélcate en desliz hacia mi huida.
Sumérgete en mi cuerpo agitada.
Acógete del sueño que me cimbra.
Sosiégate en mi entraña exaltada.
Anúdate al deseo enardecido.
Amárrate conmigo avivada.
Y deja que se corran, despacio,
sin límite, sin tiempo,
las caricias una a una.

X

Tú fundes mi cuerpo en la quimera
porque acoges soledades milenarias de mi pecho
y las conviertes en furia, bronce y alarido.

Tú fundes mi cuerpo en la quimera
porque exaltas la viveza del detalle,
de la mínima expresión de mi palabra
y maximizas voz y verbo.

Tú fundes mi cuerpo en la quimera
donde habito exaltado o mesurado,

frenético viajero en contrastes.
Te vuelves inquietud, momento y tiempo.
Te creces inventándote en mis sienes
y te diluyes candente entre mis poros.

No escapo al instante.
Me adhiero a tu materia poseyéndola yo mismo.
Abrazo cual caldera de hierro ardiente embravecido
la masa de tu cuerpo
y acumulo en un espacio la mezcla sin hechura.

Te vuelves inquietud de fondo y fundamento.

Esparces vocación de amor y afecto.

Irradias sentimiento que se funde en beso, pasión y tacto,
y dejas huella nacida del contacto.

Tú fundes mi cuerpo en la quimera
y en el lecho,
de tu cuerpo,
nuevos ojos se abren expectantes.

XI

Brotan suaves nectarinas de la tarde.
Mis labios rozan tu piel sobre la espalda.

Sólo los pájaros se atreven a cruzar la línea horizontal del orbe
y picotear su fruto.
Coloreantes tamarindos y pitayas muestran los surcos
saboreados.

Mis labios rozan el sabor del néctar
y se crucifican ávidos de lo prohibido.

Y como poseído por su jugo
la tarde me abre espacio acatando el tiempo
y dulces gotas de sabores resbalan por tu espalda.

XII

Aprieta dulcemente tus labios a los míos,
aunque tu mirada recrimine, me destierre o me censure,
aún las flores se desviven al contacto y al delirio;
La miel acortejada del zumbido.

Aprieta dulcemente aunque te apene o te abrume,
ni el roce o la caricia sentirán achaque alguno.

Aprieta dulcemente aunque el llanto te tocara,
aún hay ramos de guirnaldas camufladas,
aún hay caricias aguardando;
La miel de la disculpa en el lecho vertería.

Por un beso, por un beso,
la miel escribiría en plenitud y vuelo
y la haría sucumbir al beso mío.
Por un beso que tuviera, que tuviera y fuera mío.

Aprieta dulcemente que en el fondo sé que estás
expectante del zumbido y de mi voz,
por un beso que agitara, que agitara el corazón.

XIII

¿Qué haría yo un día
si la madre tierra me diera su joya no pulida?
La ocultaría, escondería y a nadie le diría.
Y al cerrar tus ojos en tus pupilas brillaría.

Sería cristalina, diminuta y vespertina.
Quizá como el topacio atractivo y sugestivo,
o parecida a la argentita que en las mañanas
como piedra virgen coquetea y galantea.

La dejaría limpia y transparente,
sólo en tu pupila,
semejante a la turquesa
cuando es extraída.
Porque al cerrar tus ojos
sé que en tus pupilas brillaría.

La guardaría y cubriría y a nadie le diría,
y al abrir tus ojos, tus pupilas
diamantinas resplandecerían,
y mi corazón de hierro en la gema te amaría.

XIV

Reposa la tarde su calma envuelta en sedales.

En mis manos el recuerdo se aviva y aferra.

Bajo el horizonte, tan cercano y lejano,
se respiran olores de tu diluida cabellera.

Venturosa y hermosa,
agraciada o simplemente hermosa.

Aún en las sepas permanece la silueta.
Aún en el pasto la vorágine se trenza y enlaza.
Se duplican las gotas que rociarán tus piernas.
Se inmolan terruños, pensamientos, las brasas.

Venturosa y hermosa:

Aún se doblegan los tallos que soportarán quejidos;
Aún las sedientas sepas se abrazan y gimen.
¡Qué majestuosidad de espacio!
¡Qué dicha aclamada y vitoreada!
¡Qué sed de recuerdo tardío!
Quedas tú entre el follaje
y los repetidos aromas que se prenden y huyen.

Venturosa y hermosa:

de tiempo en tiempo,
sentado en la ladera
y acariciando minúsculas begonias,
veo esconderse alicaídos rayos del último crepúsculo,
y sólo tú, inquieta y pensativa,
permaneces hasta su última morada.

Reposa la tarde su calma
y alumbran silentes destellos con los vitrales de su arco.

Agraciada y hermosa,
la tarde se recuesta y duerme en mis manos.

Aún recuerdo tu cuerpo y el césped mojado.

XV

Como poseída por las flores,
a veces errante y pensativa,
a veces alegre y delicada,
se percibe la melancolía
y te duermes abrazada a los crepúsculos
de silencio y extravío.

Flor volante sin jardín ni huerto,
un halo de tu boca
se asoma por la tarde
y se desprende la belleza en tu oración de llanto.

Te descubro en tu sueño,
en el jardín de tu ilusión y fantasía.

Arropada entre mis brazos
el silencio nostálgico del horizonte
devela los suspiros de tu pecho adolorido,
y en la belleza de tu tez desnuda
se cobijan mis deseos
de verte en mi huerto zaherido.

Flor de mirlo, azucena y peregrina,
cuando duermes evocas mi melancolía.

XVI

Irrumpe el verso como el susurro al oído.
La noche clama la cópula amada.

En la lejanía, el viento sopla y el silencio ciñe su rostro.
Por sus poros, las sabanas blancas se anudan y trenzan.

Del otro lado, el horizonte declina la aurora.
La luz se esparce en la nada.
Saltan esporas que se incrustan al alba.

Del susurro la voz amada emerge a la vida,
y el verso habla un sinfín de palabras.

XVII

Procura la poesía hablar sobre sí misma;
Enmudecida y recatada desnuda la palabra
para volver al viejo oficio:
jardinero o maderero, curtidor de la dicción,
aprendiz de oficio en la asonancia.

No hay más que verterla al aire y degustarla:
¡Bonita!
Y el verso emana fértil, directo, ágil y fecundo.
¡Bonita!
Y el alma engancha en su amor coqueto
la mirada alegre de su amada.

Las Flores

Voy, vengo y recorro
la madre naturaleza,
la madre tierra y su corteza.
-Nunca pude serenar mi alma.

Del más recóndito escondrijo,

de sus cataratas o piedras diluidas,
de las cuevas que cobijan larvas
o de las solitarias avenidas de ríos y riachuelos,
sólo la flor pudo arrancarme un espasmo y excitarme.

Flores blancas, azules, violetas y multicolores,
o pálidas, invisibles e inmoladas.
Cromáticas bellezas de las cumbres.
Aperladas aguamarinas sumergidas,
o simplemente obscuras mantas que sobresalen en capullo.

Flores que se bañan en las copas nevadas de la altura,
o se descubren a si mismas desérticas, marítimas o soñadoras.

Flores adheridas a la arena
o nacidas en cristalizadas rocas con sabor y tesitura.
Muestras de pureza y mutación.
Enjambres de fragancia y delicia
que en la suave brisa bailan.
Campos sembrados de alhajas opalinas.
Eternas amantes o pequeños querubines apegados a la tierra.

Voy, vengo y recorro
los capullos en su vasta senda.

Mi alma en busca de colores.

Cada una me abre sus pétalos para enredarme.
Aventurero errante y fugitivo.

Tulipanes que en mis manos suavizaron las arrugas.
Pensamientos amarillos, perennes e inquietantes.
Girasoles de la luz y de los astros.
Laicas amapolas o resbaladizas azaleas.

Begonias, dalias, azucenas.
Iris derramadas y acogidas.
Narcisos dorados y apenados
Geranios líricos del amor y el desenfreno.
Rosas que rubrican, entre beso y beso, el amor atardecido.
Rústicos claveles de lágrimas amadas.
Solitarias margaritas que en la soledad se crecen.
Orquídeas ataviadas en los ramos y en los velos.

Todas y cada una se enredan en mi alma.
Aventurero y colibrí sediento, extraigo su dulzura y la delicia.

Voy, vengo y me extasío.
Mi alma en busca de delicia.
Fugaz aventurero trotamundo.

Llevo la flor, la flor exquisita y única
de aquel pórtico profundo y mío
donde el alma recatada se cohíbe.
Soy el viejo aventurero que ante la flor tiembla y se serena.

Llevo la flor, la flor del alma en vuelo:
alegre y vivaracha, jovial y bulliciosa.
Llevo la flor: a ti, a ti Preciosa,
enredada y rubricada, alborotada y bullanguera,
la flor que me apasiona, prende y extasía,
la flor de amor profunda y mía.

Voy, vengo y me revuelco en la alegría.
Te llevo a ti impregnada, preciosa y florecida.

Llevo la flor en el alma florecida.

ESPINAS

La mañana blanca

Aquel día en que a la mañana la rizaba,
venía de madrugada y por mi ventana
se asomaba y se quedaba.
Y venía sola con su túnica y cobija
la mañana blanca,
la mañana blanca que siempre sonreía y me veía.
Y tenía un cordel para anudar su trenza
que caía siempre blanca y húmeda
en su pectoral de plata,
la mañana blanca que siempre me veía.

De su alforja o de su falda
sacaba un verso y a veces me leía,
y luego se mezclaba con la luz del día,
la mañana blanca que siempre sonreía.

Un día olvidé besarla y olvidé ponerle
su cairel al día,
y la noche me prendió en su jauría.

Esperé impaciente mientras la tristeza
su mueca extendía.
Mas no volvió a posarse en mi ventana
ni a cruzar la esquina.

Ya no me quería la mañana blanca,
la mañana blanca que siempre sonreía.

La Carbonerita

Voces del salitre y de la hulla,
el carbón de la caldera en las manos agrietadas.

Carbonerita, hija de la tierra,
el tizón enterrado en la montaña
te cubrió la vida.
Llevas el color de la ceniza
en las manos y en las sienas.

Carbonerita:
tú acogiste de la piedra la tristeza y te amarraste a ella;
Tú te protegiste entre los túneles de penas
para extraer el mineral opaco y sombrío,
el socavón profundo que la soledad forjara.
Ahí conociste el dolor del minero cegado por la roca
y el pico de madera quebrado en el impacto
por la rigidez del muro.

Carbonerita:
tú llevaste las lágrimas tras el colapso
de la mina derrumbada o sucumbida por las aguas que
filtraron.
Tú viste al minero atado al grillete en la oquedad de su
trabajo.
Amargura del minero en cautiverio.

Traes la tristeza de los siglos,
el quebranto del ascua entre las llamas,
la lágrima de polvo de la mina,
la piedra en brasa sin caldera.

Cargas el coraje de la huida

por los muros cimbrados o caídos.
El berrinche y sequedad de labios.
El carbón del salitre y de la tumba
en el vacío subterráneo del tizne y del azufre.

Traes la tristeza de los siglos.
Minero en el grillete en cautiverio,
socavón de rabia contenida.

Llevas el duelo de la mina destruida
y del minero rasgando las cavernas.
Las marcas de las uñas arañando
y las yemas empotradas en la tapia como muestra.
La luz de esperanza nunca vista y
el taladro en la corteza esperado.

Amargura del minero en cautiverio.
Sentimiento de una voz que nunca brota y se colapsa.

Yo traigo tu alma destrozada,
el alma castigada entre los brazos,
la sangre derramada y enclaustrada,
la tristeza del carbón y del salitre.

Acumulo el sentimiento
que son las frías noches en abandono.
El solitario guardián en la puerta de la mina
esperando la noticia
de la fallida esperanza malograda.
Yo traigo tu alma destrozada.

Llevo la tristeza de los siglos.
El quebranto arrebatado del suplicio
y la voz amarga del martirio de las horas.

Lágrimas oscuras que el carbón vertiera,
la lágrima de polvo de la mina.

Traigo el alma destrozada.

Traigo la tristeza contenida.

Traigo el llanto incontenible.

La Daga.

I

Sangre entre rocas y vestiduras disueltas.
Hongos y musgos aferrados como olvido y tristeza.

El llanto del eco escuchándose en las tinieblas.

Tú, entre todos, te vuelves la nada y el todo,
salga de mí tu palabra para acallar el sosiego.
Lo que fuiste de mí y quedóse en las grietas:
cataratas de ojos, nubes rasgadas,
insalubres gotas de sal y amoníaco,
ácido corroído en la mejilla agotada,
párpados húmedos que nunca callaron
y una lágrima muerta que nunca se agota.

II

No fuiste tú sino la herida misma,
catacumba de furia que ardía.
No fuiste tú sino el jalón de la llaga y la venda pegada a la
carne

que sangró para liberarse del grito,
y el grito de muerte buscando su sitio en la boca.

III

¿Es el pecho o la herida la que mueve la sangre?,
ráfagas que se clavan como el niño parido;
Gritos de desesperación donde no hay quien oiga el sonido;
Aullidos sin eco y sin tono;
Respiración que se colapsa entre el llanto y la rabia;
Atadura de aorta sin mueca y sin gesto.

Y el pecho dolido, y el pecho dolido
que se encorva con la lágrima muerta.

Y el pecho dolido que no levanta la vista,
y la vista en el pecho para buscar el cuchillo.

IV

Soy el errante de todos mis sueños,
a ellos insomnio infinito y distante.
Oh desbocada la noche que no cesa su fin.
Oh espacio del trueno que se cimbra y no habla.

La noche me acoge como al hijo dolido
y me enseña a llorar esperando su día.

(Yo tuve el alma un día en la cresta del mundo
y con ella bailé serpentinatas y agaves.
Yo tuve el alma en el azul de la estrella,
en el infinito del tiempo y la profundidad del espacio.

Un día me dormí en tu vientre, en la sombra,
y desperté sin vida a la vida,
sin rostro en el alma,

y me creí de los muertos su huésped hablando a la nada).

Salí a pedir la limosna arrastrando la mano
y no vi mas que sangre en la mía,
y no vi mas que fuego en la tuya.

Busqué mi apellido para llamarme y asirme,
pero no había mas que la daga y la sombra,
y al lado tu vientre mirando mi muerte.

V

Quitadme el pecho y su centro.
Quitadme los huesos y las vértebras donde guardo la herida.
Arrojar de mi cuerpo sangre, vestidura y el surco.
Abrir las venas como globo explotando y salpicando las aguas.
Retirar la osamenta y la yugular sin suplicio.

Dejadme el cuchillo y sólo el cuchillo,
y enterradme la punta cuando el dolor disminuya.
Dejadme el cuchillo con tu mano y la mía.

VI

Recoged los restos en la tierra esparcidos.
Levantad la daga de entre el polvo y la furia.
Id por las noches gritando cómo pudisteis encajarla.
Decidles la historia como si nadie supiera.
Abrid mi camisa para mostrarla en la carne
y enseñadles las venas que nunca curaron.

Mentidles a ellos sobre los cuerpos dolidos
y sobre los llantos nunca acabados.

Afilad el cuchillo como hacha en el tronco.
Afilad cual machete su punta encrispada

y agitadla en los vientos para curtir su dureza.
Apuntad hacia el blanco con más puntería
y venid hacia mí enfilada y certera:
con tu mano envolviendo la mía,
con tu ojos mirando los míos
y mirando lo que nunca miraron,
y clavadla de nuevo donde nunca se escape.

Dejadla por siempre, como historia de guerra y batalla,
como pasado que nunca reclama.
Dejadla donde nunca supiste mirarme,
donde tus manos nunca alcanzaron.
Y volved a la nada, donde nunca me amaste.
Y volved a la nada, donde nunca besaste.

VII

No es la muerte sino la vida la que rompe la vida.

De abajo, muy abajo,
vi la muerte saciarse de sangre y de luto y engullirse al herido,
y luego tallarse las manos como vulgar genocida.

Y de abajo, más abajo,
vi correr muchedumbres para no ser alcanzados por ella,
mientras la muerte construía la tumba.

Y de abajo, más abajo aún,
vi el terror y el suplicio de los cuerpos dolidos
y a la muerte sedienta durmiendo en la cripta.

Y de abajo, en el fondo, más abajo aún,
vi a la muerte llorar sin sentido, inconsolable y quebrada,
viéndome llorar como niño, como puede la muerte.
Y me vi sentado a su lado, abrazándola inconsolable,

sin poder enterrarme en su pena.

VIII

¿Qué fue más irresistible de todo tormento:
tus besos besando mi carne y mi fiebre
o los míos besando tu vientre?

¡Ah, vientos de ráfaga sobre los cuerpos
ávidos de fuerza y gemido!
¡Ah, resollar de gargantas unidas y cálidas!
¡Ah, de tus manos amadas y claras!

Hoy no recobro memoria ni rastro.
La pérdida de tiempo se vuelve en mi contra
y siento la daga como la muerte se siente a sí misma.

Todo se nubla bajo tu sombra.
Todo se esconde, demora y escapa.

No quedan espacios, ni luces, ni tiempos.
Todo infinito es perdido y olvido.

Mi mente no mira más tu memoria.
Mis labios no tocan más tu mirada.

IX

Sea tu recuerdo como la historia:
pergamino ilegible y borroso;
La duda de los siglos pasados;
Centurias que nunca existieron ni tiempo;
El origen y expansión de los astros;
Leyenda y fábula etérea.

(A veces añoro tu mano posar en la mía.
A veces te pienso con tu vientre encendida.

No recuerdo el beso del brillo en tus ojos.
No recuerdo tu cuerpo erguido y bailando
las flautas de viento y rocío.
No recuerdo el espíritu, ni tu mano,
ningún rostro sobre la avenida,
o las cenizas que ardieron esfumándose en brasa,
ni siquiera tu mano sobre mi costado.
Sólo la lanza. Sólo la daga...)

¡Oh, afortunado Caballero que lleváis vida de sueño,
asídemme la cuerda junto a mi camino!

¡Oh Caballero de estirpe,
venid del molino que traigo en el pecho la lanza!
Subidme a tu sueño y cabalgad junto al mío.

Subidme pues, Caballero, subidme al rocín y llevadme contigo.
Subidme que traigo la lanza enclavada.
Empuñadla hacia el aire y apuntad al molino.
Agarradla con fuerza y llevadme a la cruenta batalla.
Enterradme y dejadme en el aspa moviendo,
y dejadla por siempre,
por siempre,
para que nadie repita la historia
y nadie vuelva a vivir su tragedia.
Y sólo dejadla, sólo dejadla,
como tristeza y olvido.

Fulgor del Poeta

"Vivo enamorada de la vida..."
A Elena Navarro "Heart",
poetisa y musa.

I

(Poetas)

Poetas, si el corazón esgrime y el alma canta,
empuñad la pluma y derramad la tinta
e id por la gloria de la poesía.

Si sentís el corazón en alto
y que el verso en su granero se derrama,
describid del cielo su portento
y de la mujer bonita su atractivo y hermosura.

Poetas, asid las velas y desteñid el alba.
Levantad la vista a la poesía.
¡Asid las velas!

¿Y qué es la poesía?
Digo y clamo: ¿qué es la poesía?,
sino los inmensos ojos claros que Bécquer describiera,
o las alas siemprevivas en la fragata enamorada y pajarera de
Neruda,
el desplumar místico del cisne que Darío entretejiera,
o los heraldos que en las manos de Vallejo fallecieran.

Venid en pos de la poesía Poetas, y cantad con Mario
hermano,
El Benedetti señor de los quetzales.
Levantad de Celaya el arma empobrecida
y embadurnadla con las Nanas de Cebolla.
Id con León, caminante, Don Felipe,
a destrabar los molinos galopando
y denunciad a los guijarros del camino.
Cubrid los pies descalzos de Gabriela
y untadlos en las noches para cubrir sus yagas malheridas.

¡Asid las velas, Poetas! ¡Asid las velas!

Desenterrad el viejo libro, el viejo anuario
y recitadle a la montaña su ladera, su copa blanquecina,
la huella enterrada y el paso de aquel que la escalara.
Llegad hasta la cumbre protegida
y poned las piedras que los Incas olvidaron.
Regresad por la pendiente y besad la cordillera
como si el alma conociera su nostalgia, su penar y su tristeza.

¡Escrudiñad la tierra Poetas, volved a ella y agitadla!

Salid al monte, al río, la selva, la montaña.
Extraed los colores de la pampa y amarradlos a la vida.
Secad con pétalos los mares y un día en que la tarde os aflija
llenadlos con las lágrimas de la pluma entristecida
y guardadla como prueba melancólica en la estepa.
Dejad la puerta abierta, el libro abierto, la nota abierta,
para volver sobre la letra si faltara o se perdiera.

Id por las cavernas a descubrir la tierra.
Moved las nubes para que las aves aleteando
reconozcan la ruta y el peregrinar de otoño.
Desenterrad las piedras y ponedlas en las manos,
en los dedos, en los pechos,
y con vuestros suspiros convertidlas en turquesas opalinas.

Cosechad el hierro y la amapola,
el trueno y la semilla,
la ráfaga impetuosa y la soledad del tiempo;
la alegría también y las pupilas,
y devolvedlas con la palma abierta
en la palabra inmaterial del alma,

del verso enamorado.

¡Poetas, asid las velas y empuñad los versos!

Ahí viene el hombre sediento del vivir y del mañana.
Ahí viene el pajarero, el escudero,
el soñador del pueblo y su maestranza,
el hombre pueblo y el hombre niño.
Ahí vienen las ráfagas cargadas de clamores.

Poetas:

¡Ahí viene el corazón en vuelo!
¡Ahí viene el corazón en vuelo!

Dejad que el alma le corteje.

Dejad al viento ilusionarse.

Dejad al poeta que le verse.

Dejad que el alma se enamore.

II

(Gabriela Mistral)

En su corcel de alzada, montada a pelo,
bravía y ligera hacia la cañada,
y el casco noble empuñóse en vuelo
hacia la cumbre que le esperaba.

Aún se oía sobre la silla
su mano firme,
aún latía a la distancia su cuerpo llano.

Qué no ha muerto, la vida lleva,
si aún resuena el casco de la cargada
y tiembla el pulso en el confín y cieno.

¡Qué no me riñan. Qué no me callen!
Si escapa un halo a la mano mía,
si el alma canta y su copla vibra.
¡Qué no ha muerto la poseía!

¡Qué no me callen. Qué no. Qué no me riñan!
Si va a galope, enjundiosa y viva,
si va en su glosa henchida y regia,
y viene firme, candente y fresca,
y va cantándole al alma mía.

En su corcel de bronce cabalga el alma,
el alma en cuerpo de la poesía,
y va a galope en su rodar fecundo,
va a galope y al alma mía.

III

(Gustavo Adolfo Bécquer)

¡Qué dilema! ¡Qué elección!
Dudar entre las flores y el sereno,
husmear entre la fantasía y el follaje,
devorar el horizonte o la nube,
azucar un ave o cantar al río.

¡Qué dilema!, ¡Qué dilema!
Escoger entre el amor y la poesía.
...Cielito enamorado, tus benditos labios besaría
y con el pecho henchido cantaría.
¡Qué poesía te daría!

IV

(Pablo Neruda)

Mujer, mujer...

El canto de los cisnes hizo partitura
para agradecer y embellecer tu nombre.

El Poeta alzó la vista, alzó la frente,
y en el vendaval sonoro acarició en ti la pluma.

Oh mujer, mujer de canto, amada y poesía.
Oh tus ojos abiertos en las páginas del mirlo.
Oh tus lágrimas de tinta, las hojas blancas
que escribieron y borraron en la huída.

Cuando nadie te esperaba ibas de tinta en tinta,
de verso en verso,
a derramar la noche en su agonía,
y el verso se crecía aunque tu boca enmudecía.

No hubo suspiro que tu nombre no tocara.
No hubo lamento que a tu pecho no llegara.

Aún en la abrupta soledad de los viajeros
tu nombre se evocó e hizo camino.
Ellos pidieron sed y vino,
y tú les diste aliento y consuelo;
Ellos tuvieron cieno y fuego,
tú el dolor y el niño en fruto.

Mujer, Mujer...

Te quedaste en la memoria de la ráfaga y del viento;
En el ciclo universal de la tierra y su universo;
En la vestimenta del pájaro y la flora.

Abrazaste al soldado lisiado y malherido
y lloraste infinitas muertes en su herida.
Borraste de las listas el castigo
y en cambio con tus besos reprendiste,
doblegando al más valiente de tus hijos.

Ah mujer, mujer...
Tú contuviste en el pecho
la estrofa del enamorado
y te ceñiste inmaculada a la naturaleza:
al pájaro, al vuelo, al alpiste, a su enramada.
Te achicaste en la inmensidad del niño,
te agrandaste en la pequeñez del hombre,
y a ambos acogiste en el seno de tu carne.

El poeta lloró tu ausencia, tu huída y tu partida,
y en la hermosura de sus versos
grabó la máxima agonía
que el dolor vertiera.
No hubo entre las coplas, ni siquiera entre los versos,
ni uno de ellos,
ni uno sólo,
la palabra que de amor su alma consolara,
y su lágrima quedó plasmada por siempre en la historia.

V

(León Felipe)

Y de repente el viento tiñó de azul,
como tu luz,
y como tú.

Y del clarín nació una voz,
como de anís,
y como tú.

Fresca y fragante, azul de lis,
como un suspiro,
y como tú.

Guiñó un ojo en azul fragancia,
como begonia,
y como tú.

Besé su frente, besé sus labios,
como un encanto,
y como tú.

Y del furor tiñó mi alma,
como de azul,
y como tú.

Sentí su beso, sentí el amor,
como de arrobo,
y como tú.

VI

(El poeta canta su dicha)

Quiero sentarme en el cieno,
en la humedad del río,
y escuchar del agua su canto y poesía,
callar el ansia,
como calla el río,
y oír la estrofa del faisán y la amapola.

Dejar al eco
mi intranquilidad y desosiego.
Volver al viento mi pasado
y escuchar, sólo escuchar,
la corriente fluyendo campo arriba
y al mirlo besándola en su trino.

Saludar la hierba, al campo,
al paisaje, a su camino,
y serenar el alma
en el despertar del día.
Al acercarse el resplandor
besar la luz que me cobija
y deleitarme oyéndola
cuando campea y azuza a las abejas.

Amar lo que me toque
lo que me mire, lo que me roce.
Amar la vida en el esplendor del alba,
y en la noche cuando duerma
cantarle un canto a mi amada,
que es el canto de mi vida.

Amo la claridad con que su nombre me seduce,
la suavidad en que se escucha
y la llaneza que articula.

Amo la serenidad y las vocales
que en su boca descubren algarabía
y el despertar del río escapándose en la tinta.

Quiero fugarme como el ciervo
en plena greda

y liberar el goce y la alegría,
y regresar entre los versos
acurrucado con mi amada.

Amar la noche...
y volver al cieno,
a la humedad del río.

Amar la vida
con su canto y poesía.

Flautas de pan

Tu silencio

¡Ah seductora y cautivante!
Aun con tus callados ojos negros
emerges de la noche entre mis manos.
Eres como el fuego voraz de la planicie,
como el hierro incandescente
vertiéndose en vasijas.

El intrépido anhelo y deseo me vuelca
hacia tu amor y nido,
mientras tú, callada, miras las sombras de la noche.

Se interrumpen los fragores sigilosamente
y al caer la oscuridad
resuenan los poemas en el vértice de tus oídos
y naces nuevamente silente entre mis brazos.

¡Ah de tu silencio que es el ansia de mi cuerpo!
¡Ah de tu boca que guarda las palabras!
La mirra hecha perfume,
el aceite suave de la lejanía,
el osado crepúsculo observante.

Y tú, muda, expectante,
sin mover siquiera el rosario de tus manos,
me llenas con tus ojos
en la penumbra del desvelo y de la guardia.

¡Ah de tu silencio entre mis labios!
Tu boca silente y plena de la noche en que desvivo.

Madre

Madre,
el aire que ventea
esculpe en tu mejilla los recuerdos
y tus lágrimas acarician el alma de tus hijos.

Tu frente Madre:
el sol en su callado giro la besa
y el atardecer descansa mirándote
cual gotas escondidas de las nubes.

Madre, te llevaste el corazón del fuego
y repartiste besos de tus ojos,
de tus manos, de tus labios.
Te quedaste eternamente acogida
al amor del pájaro,
a su deliberada entrega,
a su añorado nido,
y sin saberlo,
el alma te llevó a la montaña
a recoger el fruto, a cosechar su entrega.

Compartiste la desinteresada abnegación
de los campos
y entre flores quedaste a veces
desconsolada y afligida,
y aún así derramaste de golpe
el ansia, el temor y las caricias.

Tu corazón bendijo las memorias
del juguete cuando niño,
del tambor de trigo nacido de los paños,
de las canicas imparables,

de las carreras en los llanos y en tus brazos.
Y de adulto, tu frente Madre,
me bendijo con los besos de la tarde
y me amarró a la vida,
a su infinito sacrificio,
al despertar diario y seductor del porvenir,
al amor del pájaro y sus alas,
a la entrega total
y a tu beso en mi frente y de tu frente;
al amor diario que involucra y que se enreda
y a su sol que me levanta con sus alas.

La teoría del caos

Entre las paredes del cuarto se conjuga
el desconcierto y la anarquía.
Agotado, casi exhausto, el intramuro
fenece y el caos se apodera.

Todo cuerpo inanimado cruje, se dilata, extenúa
y no existe sosiego que lo alivie.

Colisión de átomos y del círculo en el paralelepípedo.
Asincronía de tiempo, espacio y de materia.
Reventar de las teorías
de Einstein, Oppenheimer, Feynman y de Newton.
Conjunción del big-bang y el hoyo negro,
y un cuarto de muñecas en ruinas
como plástica surrealista del desastre.

Y de repente, de entre los objetos, unas manos...
unas manitas asoman por el cuarto
donde no hay pieza en orden ni armonía,

y de mi pecho revientan las palabras:
¡Viví!, ¡Viví, mi nena!
Que tu cuarto resienta tu viveza,
y haz del mar de juegos en que sueñas
el sueño de tu padre y regocijo...

¡Viví!... ¡Viví!...

Preguntaré por ti

Preguntaré por ti
de nuevo, sí, de nuevo,
como la tarde que en la arena te buscaba,
como la noche que sin luna te lloraba;
¡ay!, como el silencio que mis ojos añoraban.

Preguntaré si acaso volviste la mirada
y hubo alguna brisa, algún destello
que tu paso aminorara.

Iré sobre tu senda
a extraer el eco
y a robar la voz que en tu boca yo besara.

Preguntaré de nuevo, ¡ay!,
preguntaré de nuevo
si el amor se fue amarrado en tu belleza,
si te llevaste la última mirada.

Me quedaré callado,
sentado en la ventana,
tan sólo mirando el anochecer en vela,

acariciando tu ausencia y el dolor del alma,
preguntando el rumbo de tu huella,
¡ay!, llorando en el atrio a una estrella.

Preguntaré de nuevo, sí, de nuevo,
si alguna vez interrogaste al mar
y aquella copla enamorada,
y si te fuiste callada
como la ola abandonada.

Preguntaré por ti, ¡ay!,
preguntaré en el alba...
Sí... Para dormirme en la ventana
con la luna que besaba
y darle a la mañana el beso que faltaba.
Me quedaré esperando por si un día me llamas.
¡Ay!, me quedaré esperando...

Me quedaré llorando. ¡Ay!
Me quedaré esperando...

Si me preguntan

Así, si me preguntan,
les diré, fue así:
tan simple y tan profundo
que no pude contenerme.
Les diré:
Tan simple y embriagante
que no dejé de amarle.

Aquella tarde en que paseaba,

aquella tarde,
en esa tarde en que sus ojos delineaban,
la miré, y sentí, no sé,
algo parecido al alma,
como el crispas del alma en mi semblanza,
y me tembló por dentro,
me nubló de amor la sangre
y no pude dominarme.

Les diré, fue así:
que llevaba la hermosura nunca vista;
Esparcía como el viento
en su lírica, deleites y quererres;
Asomaba en su sonrisa
la mar de auroras, la mar en brisa.

Que la he tenido y tengo
entre los brazos,
la he besado tantas veces
con un canto ilusionado,
y me ha encumbrado al cielo
gozándola en su lecho.

Les diré cuanto he amado y he querido
y he tenido y he gozado.
Les diré el amor que me ha vertido
y derramado,
y el ser feliz con ella entrelazado.

Si me preguntan les diré,
les contaré
del fulgor en que he vivido
y de mi amor apasionado.
Que he amado con delirio

y soy dichoso a su lado.
Que soy feliz enamorado.

Tan bonita

Cántico de vida, noche perfumada,
ilusión de sacristía llevaba el ramillete.
¡Tan bonita! ¡Tan preciosa!
Angelical su vestidura.

Caminando hacia el altar
llevaba orquídeas en la falda,
portaba rosas en el velo,
sonreía su rostro immaculado.

Se sentía prometida y deseada
que aún las arras custodiaba,
que aún laureles le peinaban.

Las argollas, la diadema,
zapatilla en vidriería
y las joyas de turquesa
prometidas adornándole
la espalda.

¡Tan bonita! ¡Tan preciosa!,
cuando iba en el pasillo,
cuando todos murmuraban
que iba embarazada
y el padre por detrás
encañonando al susodicho
para que no se le escapara.

¡Tan bonita iba vestida!

Donde estés

I

Es la tentación o el embriago de tenerte,
el deseo abisal de poseerte...
Y es que mi alma vive en tu presencia,
iluminándose debajo de tu pecho,
encima de tus labios, dentro de tu cuerpo.

Vivo en el sentido de tu sombra,
en la latitud glandular de tus aromas,
el iris nonato de tu vientre,
el espacio en que tu pecho
hace en mi pecho el elixir que me exalta
y no soporto tu ausencia
más allá de mi palabra.

II

Vas en busca de la vida
y te me escapas a ratos de las manos.
Entonces te busco:
voy a donde estés, a donde vayas,
a cruzarme en el paraje de la calle,
a defenderme del ruido ensordecedor
que silencia tus vocales,
a hablarte entre lámparas y avenidas.

Sé que estás ahí,
en alguna parte,

en la ciudad, en su bagaje,
y me decido a perseguirte
a donde vayas, donde estés, donde camines.

III

Iré por ti a donde quieras,
donde pises, donde cruces.
Iré escondido
en los ojos de las nubes a buscarte.
Tras las correrías y las cercas a husmearte.
Para susurrarte versos mientras
te devoras la mañana,
mientras tú ennobleces la ciudad entre sus faldas,
para acariciar la melodía en tu mirada.

Iré escondido entre los rabos de las nubes,
sigilosamente, para no despertar sospecha
y verte de reojo, para ver tus manos
agitando el viento que llega acariciando,
para devolverte un beso agitado
y que la nube me agazape
si me viese sonrojado.

IV

Ahí, donde estés,
entre el barullo y caminando,
en la ciudad, en lo cotidiano,
aquel susurro por las nubes,
aquel salmo enamorado
que se escucha por tu paso,
quizá sea yo:
escondido, flechado, agazapado,
susurrándote al oído,
besándote en los labios.

El escultor

Sol, maestro, voraz escultor incontrolable,
maestranza del cincel y del dibujo,
tallador de las minucias amarillas,
de los rayos sublimes en figuras.

En tus marmoleñas estatuillas
creas la perfección de la escultura,
el acabado impecable de los cuerpos
que se muestran intachables a la vista.
La perfecta armonía,
la única y pertinaz efigie delineada,
la absoluta pureza de las formas.

Día a día en tu fruto
el rayo cobrizado de tus brazos
se plasma como arte en la celestial
niquelada de la talle,
y emerge entonces singular, maravillosa,
virtuosa, natural,
la obra en que te esmeras
más allá de todo acto.

Después me presentas,
me dejas palpar la grandeza y su hermosura,
la dorada obra de su cuerpo,
y aparece bella, bronceada,
desnuda, esculpida.
Entonces me desnudo
y me fugo con ella al infinito.

Cántame Poeta

A Rosana Bordoli

Cántame una copla, Poeta.
Cántame una luna
como aquella albidorada
que bajaba hacia las nubes
para barrer estrellas blancas
de la madrugada.

Vérsame una copla,
como aquellas que en la noche
extraías de la alforja
para dársela a mi amada,
y hacía que me perdiera
en los nidos de las horas,
en el lecho de la arena.
Versos sensibles para ella,
mudos cantos en sus labios.
Versos como ella.

Déjame aquel verso
que algún día le quitaste al sentimiento
y lo devolviste en la sombra inmortal
de la palabra
para hacer bandera
cuando se necesitara.
Si llorar quería,
si bailar o si reír pedía,
estaba firme esperando
para pronunciar su retahíla.

Aquellos versos de la mar y de la brizna,
aquellos cantos inmortales
sacudiendo la enramada.
Esos líricos sonidos
que surcaban, que a veces
sin quererlo se posaban
de mañana en mi ventana.
Esos versos, Poeta,
trinitarios versos de mi pueblo,
del laureado balcón al que
diariamente subía la mirada.
De esos versos, de todos ellos,
cántame uno de ellos.

Déjame escuchar
la tormenta y el pájaro en tu copla,
la marea otoñal cayendo en la montaña,
el rumor de los volcanes,
la greda vistiéndose de musgo,
el colibrí rezándole al capullo,
a tu propio canto,
que es mi canto y mi romanza.

Déjame llevar la alegría en tu palabra.
Vísteme de versos para repartirlos
como el niño que reparte besos.
Dame tus vocablos, tus sonidos y tus cantos.
Déjame alegrar la vida
entonando tu poesía.
Deja que tu verso engalane mi alegría.
Vísteme de versos... Vísteme en tus versos...
Encumbra mi alegría...

Iztacíhuatl

¿Duermes?, Princesa abandonada y fría.
Cihuapilli amada, corazón de la montaña
en la soledad glacial del vendaval y el aguacero.

Te enterraron en la cúspide de fuego y la ceniza
y te bañaron con el temporal de la harina y la blancura.

¿Duermes?, Princesa inmóvil y afligida.

Un día escuché tu voz enamorada
taladrar el corazón puro de la tierra
y me prendí a tu canto, a tu blancura,
a tu beso de cenizante y de perdiz,
a tu inquietante y categórica hermosura.

Me vestí de blanco enamorado y me besaste.
Entonces descubrí el paisaje en que dormías:
la cordillera en alta punta,
el águila morena enardecida,
la vasta saciedad del valle,
tus faldas de nopales y magueyes,
el beso en la túnica en que me mecías.

De ahí nació el alma india,
Cihuapilli bienamada,
el alma en que cediste el don a las calandrias:
la plural y virginal cosecha del bronce y del onix;
El tejido donde guardan el color moreno de los hombres
maltratados.
Y guardaste el corazón como último valuarte,
como último espécimen,

para dármele en la noche a hurtadillas.

Ahí quedo plasmada tu figura voluptuosa.
Ahí amarré mi soledad vetusta
en la cicatriz de tu partida.

Cihuapilli bienamada, Princesa estacionaria y quieta.
Postraré mi lanza en tu frazada blanca
y dormiré tu ensueño en el manglar del extravío.

Un día levantaré tu manto,
me acostaré sobre la piedra y tu retazo
y apretaré mi cuerpo a tu cuerpo
en el vértice de olvido,
y soñaré tu amor de nieve y frió,
y soñaré mi amor y mi suspiro.

Me bastan tus ojos

I

Hay cumbres tan altas que el mar las mira
y echan bramidos cuando esquivan.

Me tienta el alma, con su mirada,
esa luna que irradia luces en su balada.
Voy a la cima y me recuesto para observarla,
sin que lo sepa, para tocarla,
para bajarla de lado y enamorarla.

Para tocarla, para palparla,
me bastan tus ojos para mirarla.

II

Basten tus ojos mirando firme
para rehacer mi pecho en tu pecho y viva

Emerge en tu iris esa alegría
que desafía la lejanía,
que irrumpe y vuelca, trastoca y clama.

Me bastan tus ojos y enamorarme junto a tu boca.
Mirarme junto a tus labios
para esconderme bajo tus brazos.

Ese arrebató tan desbocado,
luna y espuma, chispazo alado,
y una pupila mirando al día.

Me bastan tus ojos claros
y una mirada desprevenida,
que suene a beso ilusionado,
que esconda a ambos confabulados.

Me tienta el brío saberte mía.
Basten tus ojos para que viva mi pecho y sea.

Me bastan tus ojos claros
y una mirada desprevenida.

III

Hay una mirada inolvidable
que se percibe desde la luna,
cómplice incógnita del firmamento.

Me excita y me tienta,
seduce y provoca.

Hay una mirada inolvidable:
me bastan tus ojos para atraparla.

Los ancianos Querubines

Señor de los glaciares
de los niños atrayentes,
que a sus anchas comparten las edades
los viejitos inocentes.
Las almas dulces
de verdades y bondades,
almas nobles de viejitos relucientes.

Pinta Querubines,
Señor de los nacidos,
pinta alas
y que resplandezcan por la noche.

Los ancianos nacen niños
y son niños a la postre.
Ponles plumas, ponles nubes,
haz que vuelen los ancianos,
haz que brillen por la vida
recordando sus amores.

Pinta Querubines, Señor,
pinta las edades.
Angelitos voladores, seniles y rosados
las edades de los hombres.

Haz que hablen y que jueguen,

que rían y bostecen.
La algarabía de la vida
con sus notas temporales.

Sólo niños,
sólo niños Querubines,
sólo alas a los niños,
los ancianos Querubines.

Perfume.

Elíxires que brotan del recuerdo
decantados en un frasco de perfume y una copa.
Se mezclan los aromas y memorias.
Evocan los que emiten una sutil fragancia.
Se olvidan los olores que expían y sancionan.

Recuerdos dulces de la vida que se exhalan
guardo en un frasco de perfume y una copa,
y sólo bebo aquel recuerdo que incentiva.

Esencias declaradas de amoríos,
de sutiles sueños, de fugaces ciclos.

Y ahí esta la vida,
bebiéndose el elixir en la copa.
Y ahí está ella,
llenando de sus pechos el frasco con aroma.

El Mar

Mar, la mar, aquella espuma de caminos
que el azul del cielo vacía en el marítimo abismo.
Vorágine de buzo que se vierte en gotas
en la inmensidad infinita de sus olas.
Pasión y cumbre,
mar de noche en su salada alfombra.

Todo es vida en su voraz territorio de campanas,
en su indómito meneo donde fluyen
origen y muerte de la vida,
donde se acoplan los colores y las formas,
los vestigios infinitos de cadenas y eslabones.

En ti han pisado los hombres la madera,
el encolerizado ascenso de tu estero.
De ti la enfurecida tarde
descargó su poderío hasta arrasar
las palmas que nacieron de tus brazos.
Y las olas, como el alga, se quedaron en tu vientre
para acompañar, en un abrazo, el crepúsculo dorado.

Hay caracolas bañándose y humedeciéndose
en tus azules ojos.
Hay peces magnéticos escondidos
entre multifacéticos corales de jade y argentita.
Esponjas y tentáculos que no se apiadan del velamen
en que los tesoros se enterraron.
Cetáceos, cual corsarios, encañonando tus fronteras.

En tu inmensidad se acogieron las alas, los frutos,
las semillas.
Hombre a hombre sació sed y fuego de tu entraña

y se amparó en la red en que vaciaste tu asadura.
Y ni siquiera el hambre, en su tentativa de gobierno,
pudo hacer fronteras de tu vasta arena.

Yo, mortal, efímero y terrestre,
hundí mis manos en tus suaves carnes
para callarme y observar tu majestuosa lejanía.
Gota a gota como púrpura cobija
sentí la tarde lindar en tu coraza,
y quedé silente para siempre,
embebido en la hermosura de tus faldas,
en la profundidad de tu memoria,
en el cuerpo incandescente de tu brisa.

Y como si pudiera tomar el aire de los peces,
desesperadamente me adherí,
cual buzo, sin máscara ni filtro,
a la última ráfaga de burbujas
en el testimonial arranque de la vida,
y me quedé parado, amándote,
como el aire, entre el amor y el vino.

Éxtasis

Claroscuros de mi mente
se forman al tocarte,
al blanco que arranca tu cuerpo extasiado.
Revelada la silueta
y develada mirada serenada.

Surgen de mi mente
manos amarillas palpitando aceleradas,
mejillas y muslos combinados,

péndulos con aretes y brillantes,
pechos sedentarios
y amores desbocados.

Te tengo en mi mente
para no rasgarte nunca
y palpito con latidos de dicha insospechada.
Llevo la sonrisa a flor de día
con ideas de colores y tu piel morena.
No se borra en mi memoria,
ni se nubla a la distancia.
Siento la felicidad en cada pensamiento
y te siento singular al forjarte entre mis manos.
Mi corazón revienta henchido y satisfecho.

Eres la delicia hecha flor a la mañana,
eres la pasión de todo infinito,
de todo contemplado, de todo tiempo prolongado.
Arden las ideas con tu cuerpo figurado,
germinan iracundas las palabras y los verbos,
renacen pueblos conquistados,
derrumbes y glaciares,
y a ti sólo te toca mi mente almidonada
con el éxtasis de hombre enamorado.

De los lóbulos pletóricos del amanecer y la mañana,
de la noche trastocada,
de los cuerpos flotantes, unguados,
y trenzados y acuerpados;
De los músculos abiertos
como mariposas no alcanzadas:
A ti te debo mi estelar sonrisa, galáctica e infinita;
A ti se debe mi ilusión específica y concreta;
En ti me amarro cada día y cada hora

a lo profundo del amor ilimitado.
Amada y más amada,
mi mente se aclara en tu figura.

Tata

A los Abuelos, en memoria...

De dónde en dónde a dónde,
en el torrente de las aguas
la vacante de tu sien
quedó enraizada en las orillas.

El río en su capricho
rememora años
que en el flujo convertiste
y guardaste en semillas.
Y en el lerdo andar de tu regato,
el silencio baña la soledad de tu partida.

Tata, la cárcava dorada
aún refleja la bondad de tus palabras.
Una a una, como légamo de plata,
fluyeron en la torrentera de su cauce,
y dejaste la humedad, el río, su torreta,
en la herencia indestructible de tus ramas.

El corazón se fue forjando
en ese arroyo de aguas milenarias,
en esa cúspide de cieno adormecido,
en el declive cuesta abajo
de todos tus retazos,
en un afluente en que las gotas

nunca nadie pudo contenerlas.

Tata, toma el corazón
con el remanso del río liberado.
Acarícialo con la corriente
de tus manos en arrullo
y llévalo al recuerdo de tus cauces cristalinos.

Aun las aves, cuando cantan, se persignan
esperando tu consejo.
Aun las liebres que se acercan
al beber se inclinan y te admiran.

A lo lejos, los faisanes aún lloran
lágrimas de ausencia,
y las gaviotas, en su ruta,
hacen nido en el vacío.

Quedan las palabras y ese rumorar
que se oye del camino;
El corazón del río, tu semblanza,
y el consejo eterno
que las aguas repiten en mi oído:
incitar la vida e impulsarla cuesta arriba.

Los Querubines.

Castillos y romanzas, versos y amoríos,
aquel siglo quince Isabelino.

Caballeros ufanos, ensoberbecidos y aguerridos
en aceros cobrizados y bragados.
Hidalgos del honor cual jinetes de Heraldos.

En esas tierras de prosapia
había una dama: Doncella pura y fina,
delicada en forma, bella en su pupila,
apreciada por soltera.
Princesa por demás, de alcurnia refinada.
Daba la Princesa como prenda, mano, beso y encantos
a aquel galante Caballero que por ella
su vida en duelo ofreciera.

De montes, bosques, llanos, miles se volcaron por la ofrenda,
mas sólo dos, de entre tanta fuerza, fueron los seleccionados.
La rabia de la espada escogería al afortunado.

Preparóse pues la hazaña que la historia
dejaría en su memoria:
vulgo y realeza en una misma plaza
contemplando la contienda.

De sus pechos: espada, escudo, mano en fuego
asomaron sus portentos.
Ambos Caballeros derrochaban valentía,
y esperando los clarines veían llegar la hora
de enfrentarse con la muerte por una bella Dama.

Llegándose el momento fueron puestos cara a cara,
mas, ¡oh desaire!,
que al verse uno al otro se flecharon al instante
y tomados de la mano se escaparon por el bosque.
Que tristeza de la Dama pues quedóse de por vida
sin marido y sin herencia.

Os digo a todos sin ufana algarabía,
que el amor no tiene ideales, ni raza, ni colores.

Sólo hay un Cupido que dispara
a ciegas donde caiga,
y es tal su puntería
que pega a hombres y mujeres por iguales.

Querubines agraciados, aquellos caminando de la mano.

Modernización

Visualizo un mundo de cobalto,
de técnicas microcósmicas,
neutrónicas, acústicas
y proporciones ecuménicas.

Me imagino y descubro,
cual robótica la mano,
los sentidos adheridos
a bits deshilvanados,
y una que otra estática
amarrada y sin lingüística.

Del cerebro:
simple física con su dialéctica,
y un andar sobre la hormona
que termine consensuada
en un mar de cibernética.

Ante tal procedimiento
me pregunto si hay sustento
en buscar un chip a tu portento
y colocarlo junto al pecho,
que estimule emociones,
que palpite ilusiones,
que regale bendiciones.

Mas, si no lo encontrase
estaría muy pendiente
en conectarte a la corriente
y cargar esas pasiones
que andan bajas de repente.
Una carga electrizante
es más que suficiente
para encandilarte
a un viaje hilarante.

Me excita de repente
cuestionarme,
¿qué voltaje he de ponerte?

El vuelo.

Cumbres vorágines de alas superiores.
Arrecifes indómitos de aire
en que las plumas se bebieron
el espacio y la marea.
Picos de agua emblanquecida
donde el pájaro anidó o se precipitó a la presa.
El ave, como galardón universal,
reinó la atmósfera
con sus hélices de plata.

Todo es vuelo,
sima, farallones, firmamento,
plenitud de forma,
espacio abierto, infinidad y viento.

Yo soñé las alas vírgenes del alma
para extender el confín de las fronteras
y encontré la tierra, el mar,
la gratitud de una solera,
la bendición espontánea de las copas,
el corazón calmo de los cisnes,
la sencillez beata de un palomo.
No hubo límites, ni confines
a la pretensión augusta de un mundano.

Y el alma se creció
soñándose en la altura,
soñándose en el cenit del ave Fénix,
en el corazón picoteado de los pájaros.

Ahí conocí el amor del ave,
a su portento, a su cuerpo de velamen,
a su pájara besándola y preñándola,
a los nidos de cristal y porcelana.
Y me quedé en su vestimenta
como pájaro sin enramada.

Sé que tuve el sueño
y lo soñé la tarde en que besaba al alba,
cuando en brazos del amor
me adherí a su limpia boca,
a sus labios de mujer y de gaviota,
y guardé por siempre las alas en lo más recóndito del alma,
para volar eternamente,
cuando un beso de su boca me alcanzara.

Mariposa amanecida

Tú, entre los versos, tú.
Flor de Iquique zumbándome al oído.
En la velada noche tu recital estampa
multicolores luces de jazmines.
Emerges desde el centro del capullo
como mariposa adormecida.

Tú, entre los versos, tú.
Bella y agraciada, pura y protegida.
Las luces de mi alma
te encandilan en la tarde
y una estrofa de tu boca
te murmura soñadora.

Rezumbas mariposa, flor de amanecida,
y el verso te hace aroma
en tus alas de pistilo.
Tú, entre zumbidos,
mariposa de begonias
tocándome al oído.

Blanca primavera

Blanca primavera, tu nombre de rosácea
escala la tonalidad del alba.
En mi pecho riego la semilla
de un tallo amarillo florecido
y tu nombre descansa en el
vistiéndose de polen.

Clara mujer, dulce pendiente,
paloma quieta en el torrente de tus labios.
Tu plumaje hace guirnaldas
y las mima ventiladas por la tarde.

Roja delicia, espora taciturna,
tu boca vuela entre las cumbres
bendiciendo las colinas.
Te escapabas de mi pecho
como pétalo dormido.
Suave primavera, azul del infinito.

La noche y tu mirada

Perenne, eterna, inquieta,
como libélula diamantina,
como estero entre los brazos y en la mano.
Eres el centelleo de la noche,
la frágil luna inamovible,
el destello acumulado,
la rotunda mirada de los astros.
En ti recorren los vientos su gemido.
En ti se apagan los dolidos ruidos,
se vuelcan uno a uno hasta quedar silentes.

¡Ah!, la noche misma en tu mirada,
en tu pupila abierta hacia la vida.
Y la obscura cúpula del orbe
mirándote a la cara,
como yo te miro, allá en la lejanía.

En sus labios

Supe alguna vez de ti
como ese trino de la lejanía,
como esos versos escritos por el viento.
Supe y sé que esos labios eran el destello mismo,
la caricia dulce de la noche en melodía,
el festín del alba acurrucándose en el día.

Sé y soñé tus labios
como un niño palpa
el vientre en que es ungido:
el aroma y sus colores,
su textura y el sabor,
la púrpura odisea en sus contornos.

Un sueño eras
casi extinto y frágil,
el silencio mismo despertándome en tus senos.
Eras el ave en nido
asomándose al espacio
y prediciendo su aleteo.

He buscado un beso
como aquel que busca
la tierra y sus ancestros
para devolver la vida,
y lo he soñado en brazos
de un pecho apacible,
donde guarde la dulzura
de sus besos y mis besos.

He encontrado en esos labios
la quietud del alma

que me arropa y descubre,
el sosiego profundo
y el amor que me acaricia,
la hermosura de su cuerpo
en el resplandor de sus mejillas.

He soñado y sueño en cada beso
que recibo de sus labios:
el amor del alma que percibo de su aliento,
la alegría perpetua en su sonrisa florecida,
la pasión por la fragancia
del contacto de su cuerpo.

Amo todo aquello
que refleja su ternura,
que involucra su anuencia,
que envuelve y fantasea.
Amo con delirio la soltura de su tacto,
la bondad de sus pupilas,
el afecto en que me mira.

Vivo enamorado
y vivo ardiente en su proclama.
Y la he soñado como nunca
y la sueño cada día
con un beso enamorado.

Vivo en el designio
de su labio enamorado.

Cuentos y versos de El Profeta

Recordando a Gibran Jalil Gibran

I

La Balanza

De nubes rodeadas, en obscura morada, miraba el alma las aras balanzas: de plata las unas, de hierro las otras. Porque cuanto vida pasaba era juzgada en sueños, dormida, tranquila, sin replica al dictamen, por una vieja balanza.

Entre la muchedumbre a la balanza presentáronse dos almas nauseabundas. Llegó la primera exclamando su doctrina: "Pídotte, ¡Oh Rey de los profetas!, el justo entre los nobles, la justicia que requiere mi desgracia".

Replicando, la segunda intervenía: "Perdona su destreza, grandioso Señor de los Edenes, que si su locura a hierro destemplado mata, sólo me queda el pedir disculpas de sus hechos".

"Te ruego", contradijo la primera, "Rey, Hermano y Compañero. Si tan sólo un minuto permites mis palabras, oigas mi suplica con atención. Que yo acuso a ésta inmune el haber destrozado mi bondad."

"Yo niego tal acción". Respondió con celos a su lado. "Sólo digo que lo mismo aconteció con ésta su pobre sojuzgada. Pido compasión al igual que la traidora".

"No es cierto", grito la una y reclamó la otra.

"Silencio". Dijo al fin la balanza a las dos almas. "Dejadme pesaros en mis hombros y que os juzgue y culpe vuestro peso".

Mas la balanza no movió ni un gramo su brazada y al volver a su sitio a las dos almas exclamó: "Culpables las dos en igualdad de circunstancias, sin ser más la una que la otra, y que os purguen en los fuegos viviendo eternamente en el infierno. Ese es mi dictamen".

Y fueron llevadas ambas con los demonios sufriendo por perennidad las llagas del dolor.

Mientras, la balanza se decía: "Si oxidada no estuviera muchas almas serian glorificadas". Y reía...

II

El vendedor

Una vez compré un alma y el alma era de ratero. Robé cuantas virtudes encontré, cuantas cualidades me enseñaron y cuantas bien hechuras me modelaron.

En otra ocasión compré un alma y ésta era de un lóbrego. Lloré con ella las más tristes penas hasta secarme, sin más lágrima que mi propia alma, y tan arrugada quedó, que murió una noche esperando a que llorara para humedecerla.

La tercera vez compré el alma de un loco y me dijeron loco por el tiempo que la usé. Mas algunos me dijeron: "Hermano, entraste al mundo de verdad".

La cuarta vez compré un alma sin nombre y me perdí buscando a gritos mis Hermanos. Estaba solo en la anonimidad del cuerpo.

La última alma que compré le dije al vendedor: "Quiero un alma igual a la de todos, que sepa sonreír como los días, acariciar la belleza de las cosas, ser verdad y vida, encontrar en ella la alegría". Y el vendedor tomó un trapo, lo pintó de rojo, y lo colocó en mi pecho.

III

La muerte.

“Derrota, mi Derrota, valor que nunca muere; tú y yo
reiremos juntos en la tempestad, y juntos cavaremos las
tumbas para todo lo que muere en nosotros, y
permaneceremos de pie al sol con una voluntad
indomable. Y seremos peligrosos.”

Gibran Jalil Gibran

La vi, aversión aquella que amamantara mi infancia,
pues tenía todo para ella:
mi inocencia, el desgano,
el sentir que todo cuanto había y sentía.
Y me amaba.
Sólo ella en su tosquedad aciaga.
Y le temía.

¡Cómo le temía!

La vi.
Y al correr del tiempo
cambié la boina por la insignia
y ésta por la mocedad indócil.
Ella con su calavera en vuelo,
con su frente en pleno
me decía: “Amigo”,
y yo iba con civismo y rango
a desmentirlo.

¡Cómo le temía!

Sí, ella,
su presencia asimilada,

todo lo poseía,
lo sabía,
lo quería,
y me amaba:
sus vértebras penando me miraban,
sus lóbulos oscuros me tomaban,
sus lánguidas caderas me tornaban.

¡Cómo le temía!

Y al crecer el tósigo
y ver que lo mismo yo quería,
una sed de muchedumbre
que buscaba allegarse donde el otro,
y tener un delirio, una casa,
esa mueca que ella prodigaba,
y su carne comerla sin ayuno,
en sus horas y en la siesta,
y una tierra propia
para amamantar otras infancias;
entonces sí, iba por sus huesos,
la buscaba, la miraba,
le decía que era mía:
su vida, su materia,
su espacio, su riqueza.
La tenía y la quería.
Pero ella me temía.

¡Cómo me temía!

Los caminos

A Mario Grandón y Mario Linares

I

Caminos solos,
sólo caminos,
vetustos y esquivos,
para andar los pasos que nunca anduvimos.

Pasos dolidos
sobre el caminar erguido,
que no hay más pasos
que el andar caminos
y aquellos duros para
trajinar olvidos.

Caminos ciegos
de escollos fríos.
Caminos secos,
fieros y sufridos,
del recuerdo aciago
y del afligido hastío.

Caminos solos,
sólo caminos,
caminos viejos y dolidos.

II

¿Quién pide camelias blancas
sobre las veredas?
Alero en trote del sendero rozagante,
está en brega el derrotero para el caminante.
Y hay flores para la guadaña,
mas hay camelias blancas deambulando
y caminos claros para el caminante.

III

He de izar la piedra en que tropiezo,
piedra calcárea y sin estero.
¿He de guardarla, caminante,
para protegerme del cuatrero
o he de guardarla en capa
para que se convierta en alimento?

IV

¡Ay copla mía!, tan callada y afligida
en esa noche en que el camino se perdía.
Encontré en el deambular el verso y esa mano
que la luna ofrecía,
y sequé las lágrimas
para vaciar las mías.
¡Ay copla, copla mía!,
a veces tan lejana y tan perdida.
La noche que la luna en el vado se escondía
tintes rojos escurrían al vaciar las mías.
¡Ay copla, copla mía!,
si pudiera contener las mías.

V

¿Que me daréis a cambio de guijarros?
Fuese del manjar y la viña soberana,
que no quiero los molinos,
ni los vientos,
ni el trotar apresurado del camino,
ni el insulto de la piedra proferido.
Sólo quiero el matorral sombreado
y el cantar alegre y campirano.
Sólo el verso mundano de los olivares.

VI

Es el andar constante
lo que hace vereda y camino,
vereda y canto buscando destino.

Hay caminos, caminos muertos,
aquellos tristes del rencor y duelo,
y hay los alegres del versar altivo,
de aquellos campos del clavel y el trigo.

A los amigos, mi copa y mi vino,
y los caminos regios y unidos.
Y si hubiese caminos, caminos vencidos,
volver a sus pasos para resarcirlos.

Para esos caminos
mi pecho, tributo y mi brío;
que alaben sus pasos,
bendigan sus frutos.

Hay caminos, caminos del alma para los amigos.

VII

“Vámonos al campo vestidos de pastores...”
Sancho Panza

Vámonos al campo, Sancho,
a repartir las caperuzas
y a gobernar la tierra entera
vestidos de pastores.

Sin molinos, sin tiranos, sin verdugos.

Que nos den la escudería
y los sobrantes del molino,
que nos den el galopar
y el jumento por designio.

Vámonos al campo
y pastoreemos los caminos,
sin cercas, sin verjas, sin lindero alguno.

Enterremos las espadas,
los estoques, las guadañas.
Cubramos toda estaca
e incluso juramentos,
y vámonos al campo a levantar vergeles.

Vámonos al campo Sancho
y dejemos las cotas enterradas,
los escudos encerrados,
las lanzas enclaustradas,
sin molinos, sin tiranos, sin verdugos.
Vamos pastoreando los senderos
a encontrar amigos.

VIII

De prisa, Sancho, de prisa,
aún quedan hidalguías
en la manchega tierra mía.
Levanta la armadura, iza el espaldar,
recoge la coraza,
ya soplan vientos por nuestra escudería.

Avanza, Sancho, a doblegar molinos,
con tu tizona rota y tu armadura ajada,

vámonos a conquistar caminos.

Y con tu jumento muino,
que no hay ninguna prisa.

SOLEDADES

I

Vida cotidiana en martes triste.

Como duelen los silentes rostros
que laceran y taladran pecho adentro.
Hay penas que no muestran su afligido hastío,
como máscaras cubriendo laminados rostros,
pero punzan sin piedad sobre la llaga abierta.

¿Y quién detiene al sangrante corazón su herida
que se hunde, cual mástil, mar adentro en la ventisca?
Hay días tristes, como éste,
que duelen hondo en el bregar del alma.
¡Y cómo duelen, si son parte de este cotidiano brío!

II

Que queden sufridos versos
atestiguando el obrar.
Pasó un hombre de frente,
su copla se fue a la mar.

Amarga lleva la pena
escondiendo su batallar
y aflora desdicha plena
que al alma va a asfixiar.

Un día con la flor en la mano
al viento me fui a llorar,
llevaba la vida en duelo
y tristezas de soledad .

Octubre 2005 - Junio 2006

Derechos reservados.
Impreso en México. 2006